

Yo moriría: sí, morir anheló,  
porque á Zaida al mirar de vos amante,  
mi amor, tranquilo un día como el cielo,  
en un amor se ha vuelto delirante:  
quiero dejar frenético en un duelo  
la carga de mi espíritu anhelante.  
¡Vos no sabéis, Rodrigo afortunado,  
cuánto le pesa el alma á un desdichado!

Juradme que jamás Zaida enterada  
de la causa será de mis desvelos. —  
Clavando alta Rodrigo su mirada,  
le contestó: — Lo juro por los cielos.  
— Desde que ví — Nuño siguió — embarcada  
con vos á Zaida, presa de los celos,  
¡parece que abrumado inmensamente,  
pesa un mundo, ¡gran Dios! sobre mi frente!

¡Morir quiero, ó matar! mi hado enemigo  
hará feliz mi estrella maldecida,  
si dejar con mis celos hoy consigo  
este dolor de soportar la vida.  
Quiero mataros, ó morir, Rodrigo,  
para curar de mi dolor la herida:  
pues ignoro en mi loco devaneo  
si es que mataros ó morir deseo.

— ¡Bien! Rodrigo exclamó con firme acento,  
acabe un duelo, sí, nuestra existencia,  
que una pasión que es de la vida aliento  
no la curan ni el tiempo ni la ausencia.  
Comprendo vuestro amor, porque lo siento;  
y sé, Nuño, también por experiencia  
que si en celos el alma se arrebató,  
el gran mal del dolor es que no mata.

— ¡Siempre delirios! — por detrás murmura  
de pronto apareciendo el Almirante, —  
¡ay del que cuerdo el juicio no procura  
de la ciega pasión llevar delante!  
Matarse por amor fuera locura. —  
Así dice Colón, y Nuño amante  
pregunta, su alma de dolor transida:  
— ¿Y para qué es sin el amor la vida?

— Sin gloria es el amor sombra ilusoria,  
dijo Colón, primero suspirando.  
— ¿Sombra es amor — dicen los dos — sin gloria?  
— ¡Sombra! siguió Colón otro ¡ay! lanzando. —  
Tened siempre presente en la memoria  
que para el mal de amor, la vida andando,  
es médico excelente la paciencia,  
el tiempo insigne, y sin igual la ausencia. —

Tales palabras con dolor oyendo  
Rodrigo pesaroso de su estrella,  
— ¡Vivir sin ella! — prorrumpió gimiendo;  
y Nuño replicó: — ¡Vivir sin ella!  
¡Oh! no, imposible proseguir viviendo  
sin ver, y ver sin fin, su imagen bella;  
al dejar su memoria el alma mía  
inerte el corazón se me helaría.

Nunca su imagen presta á mi albedrío  
la libertad siquiera de un momento;  
siempre á ella va como hacia el mar el río  
girasol de su luz mi pensamiento.  
Ni al morir tendré paz; que el amor mío  
es tan grande, tan grande, que presiento  
que, si ya muerto, me llamase un día,  
mi esqueleto á su voz respondería.

— ¡Siempre delirios, siempre! — el Almirante  
cual padre tierno con dolor exclama; —  
¡ay del que no echa de su amor delante  
la luz del cielo que razón se llama!  
Ved que del árbol de la vida amante  
esa pasión es ponzoñosa rama:  
no acaba el mundo la ira de los cielos,  
y lo envenena un átomo de celos.

— ¿Sabéis de Zaida el que obtendrá la mano?  
quien primero la tierra á ver acierte.  
Así á uno de los dos el suelo indiano  
dará gloria y honor, por odio y muerte.  
El duelo consentir fuera inhumano.  
Que uno al menos feliz haga la suerte:  
con su amor al triunfante premiaremos;  
y al que pierda... después... después... veremos.

¡Rodrigo! un puesto acotará en la historia  
el que antes tierra con sus ojos mida,  
y de su amor la dicha transitoria,  
cuanto lo pueda ser, será cumplida.  
¡Nuño! depure esa pasión la gloria;  
que en la esfera moral de nuestra vida  
cuando el fuego de amor la gloria inflama,  
es más brillante aunque menor la llama.

»Del alto mirador de un mastelero  
la India cada cual espíe ansioso,  
y al que *tierra* ¡oh placer! grite el primero,  
mis preces y el amor lo harán dichoso.  
¡Dios premie al más feliz ó más certero!  
Y el más desventurado ó perezoso,  
que aguarde el porvenir: siempre el destino  
para llegar al bien tiene un camino. —

Vamos, marchad. — Y súbito marchando,  
miró á un mástil Rodrigo de Triana;  
luego al trinquete se acercó exclamando:  
— ¡Sedme amiga una vez, suerte tirana! —  
Nuño otro puesto rápido buscando,  
dijo, apoyado al palo de mesana:  
— ¡Aunque es mi sino cual ninguno fiero,  
tanto anhelo esperar, que en él espero!

— ¡Tristes! — Colón prorrumpió, — ¡mucho  
su afán mi corazón, porque no ignora (siente  
que el alma á veces vive solamente  
con la vida del dueño á quien adora!

Daremos tiempo á que la edad ahuyente  
el fuego del amor que los devora.  
¡Aun viven para amar! — siguió diciendo. —  
¡No aman para vivir! — dijo gimiendo.

¡Sí! ¡yo también en mi vejez refreno  
una inmensa pasión, tan acendrada,  
que cual la tierra ayer, con ella hoy lleno  
la inmensidad del mar nunca acotada!  
¿Qué quedaría en mi doliente seno  
si este amor se extinguiese?... ¡Nada! ¡Nada!  
Nuño tiene razón, Beatriz querida.  
¡Ay! ¡para qué es sin el amor la vida!

## CANTO XII

## LAS NUBES

## RESUMEN

El 18 de setiembre de 1492 Martín Alonso Pinzón vió una gran multitud de aves dirigirse hacia Poniente. — Al Norte gran cerrazón. — Revista de la historia universal. — La Cava. — Colón. — Herculano. — Margarita de Dinamarca. — Los amantes de Teruel. — Abelardo y Eloísa. — Nabucodonosor. — D. Alvaro de Luna. — Torquemada. — D. Pedro el Cruel. — D.<sup>a</sup> María Coronel. — Epigrama. — Semíramis. — Sistema de Pitágoras. — Martín Vicente. — Lucrecia. — Paleólogos. — Comnenos. — Merovingios. — Judíos. — ..... — Rascón. — Platón. — Enrique IV de Castilla. — D.<sup>a</sup> Isabel de Portugal, su esposa. — Pablo Toscanelli. — Macías. — El caballo de Calígula. — Augusto. — Demócrito y Heráclito. — Escévola. — Saladino. — Juana de Arco. — Luis XI. — Leonidas. — Bruto. — César. — Sócrates. — Mahoma. — Continuación del viaje. — A G... — Conclusión del canto.

Vivir es *ver pasar*. Ya iba alboreando  
del diez y ocho de setiembre el día,  
cuando estaban las gentes contemplando  
las mil nubes y mil que el sol teñía.  
Tantas nubes, tan varias, revolando,  
el juego de la vida parecía.  
Y bien pensado al fin, ¿qué es en la esencia  
más que un juego de nubes la existencia?

Las nubes con su forma transitoria,  
cual ideas que el viento ha condensado,  
son, breve imagen de la humana gloria,  
del insondable porvenir traslado.  
Haciendo aplicaciones á la historia  
leían en las nubes lo pasado,  
como si fuesen sus flotantes velos  
alfabetos movibles de los cielos.

¡Buen día! Disputando alegremente  
el dulce *Ruiz*; *Roldán*, el tormentoso;  
*Maestre Juan*, ateo é inteligente;  
*Pedro Gutiérrez*, noble y valeroso;  
*Maestre Alonso*, médico excelente;  
*Quintero*, el vil; *Rascón*, el quejumbroso,  
van de las nubes traduciendo el vuelo,  
inescrutable diálogo del cielo.

Al Norte hay cerrazón; caso previsto,  
en que la tierra se supone enfrente;  
además un Pinzón cuenta haber visto  
volar algunas aves al Poniente.  
Es ya tan grande la ilusión, por Cristo,  
que grita loca de placer la gente.  
Sólo Colón en horas tan mortales  
su corazón revuelve entre puñales.

Aquel ir entre el agua y el ambiente  
un viaje por el éter parecía...  
Como un sueño agradable, dulcemente  
mareaba el mar, la luz desvanecía...  
Y sin dejar el rumbo de Occidente  
andando y más andando, todo huía...  
¡Y las nubes, conforme adelantaban,  
pasaban, y pasaban, y pasaban!...

— Mirad, — dijo Roldán, — esos vapores  
dan de la Cava idea parecida,  
que en la opinión de graves escritores  
más que su honor fué su beldad cumplida. —  
Escobedo siguió: — ¡Y ¿á quién, señores,  
sí del rosario que llamamos vida  
las cuentas blancas en pasar se alegra,  
no le herirá el color de alguna negra?

— A Colón, que cree en Dios, — Roldán les  
A la sazón hallándose cercano (dijo).  
le replicó Colón: — Es verdad, hijo;  
siempre cree en Dios quien cruza el Océano. —  
Y continuó, en Roldán el rostro fijo:  
— Si ignorase su nombre soberano,  
¿á quién en la borrasca invocaría?  
Si no creyese en Dios, ¿en quién creería? —

(Aplauso general.) — Y de repente  
viendo unas nubes á la diestra mano,  
dijo Martín Pinzón: — ¡Cuán propiamente  
imita una ciudad el aire vano!  
Ya sus cimientos removió el ambiente...  
Ya se va hundiendo... — Cual se hundió Hercu-  
— dijo Escobedo, y añadió en seguida: (lano,  
— ¡Castillos en el aire: he aquí la vida!

— ¡Qué mujer tan altiva y tan hermosa! —  
gritó Alonso, y siguió de esta manera: —  
Margarita Calmar fué virtuosa,  
y tanto como buena, fué hechicera.  
— ¡Una mujer perfecta! ¡extraña cosa! —  
dijo Ruiz. Y Colón: — Aunque no fuera,  
para el que noble con razón se llama,  
es bella, y tiene honor cualquiera dama.

Dos bellas sombras maestre Juan mirando,  
— Ved los amantes de Teruel, — exclama; —  
¡Siempre lo mismo! Siempre conjugando  
el yo amo, tú amas, aquel ama.  
A la muerte el amor nos va llevando  
de dolor en dolor, de llama en llama.  
La que fué abnegación ya es egoísmo:  
amar y desamar. ¡Siempre lo mismo!

Y siguió: — El cierzo, ¿veis? ¡siempre lo mis-  
Ahora á Abelardo y Eloísa sorbe: (mo!  
perdóneles el cielo: su erotismo  
fué un adorable escándalo del orbe. —  
Y continuó: — El amor es un abismo  
que honor, gloria y salud ávido absorbe. —  
Calló maestre Juan. Mas de contado,  
le replicó Escobedo: — ¿Y quién no ha amado? —

¡Id, amantes, en paz! si el mundo helado  
execra sin piedad vuestra memoria,  
¿quién no sintió un amor desventurado?  
¡Lucha eterna sin prez y sin victoria!  
¿Pero siempre ¡ay de mí! será execrado  
el que en amar cual vos funde su gloria,  
sin ver que es la razón de tanto anhelo  
el sentimiento, la razón del cielo?...

— ¡Nabucodonosor! — siguió altanero  
maestre Juan; — los hados inconstantes  
le transformaron por sensual y fiero  
en una bestia al fin, siendo rey antes.  
— ¡Justa transformación! — siguió Quintero; —  
si á cuantos reyes veo semejantes  
les da un castigo igual de Dios la ira,  
¿cuánta bestia futura el mundo admira! —

Y añadió, señalando al diestro lado:  
— Don Alvaro de Luna. — ¡El favorito! —  
el público exclamó desconcertado,  
unos diciendo, — ¡pobre! — otros — ¡maldito!  
— Fué — dijo Ruiz — bastante desgraciado;  
por lo demás, su orgullo fué infinito; —  
y repuso Quintero: — ¡Ah! sí, quién fuera  
lo que ese buen señor pensaba que era!

— Nada hay más vil que apellidar maldito —  
dijo Escobedo — á un alma desdichada.  
— ¿Aunque sea — dijo uno — el favorito?  
Y repuso Escobedo: — Nada, nada.  
— ¡Torquemada! — grita otro; á cuyo grito  
Maestre Juan prorrumpió: — ¡Torquemada!  
Sólo de ver su imagen me consterno;  
dejad que vaya en paz, irá al infierno.

— ¡Don Pedro el justiciero! — ¡El inhumano! —  
interrumpiendo á Ruiz, dijo Quintero.  
Uno gritó: — el cruel, — y otro, — el villano; —  
y — el maldito también, — dijo un tercero.  
¡Horror universal! Viendo al tirano  
con su rostro procaz y aire altanero,  
preguntó Ruiz: — ¿Cuántas serán, maese,  
las cuentas negras del rosario de ese? —

Y siguió: — ¿Veis? quemando su mejilla  
halló la Coronel á su honra puerto:  
temiendo al tal Don Pedro de Castilla  
no su existencia, su beldad ha muerto.  
— ¡Oh, jamás no imitada maravilla! —  
dijo Roldán: — nunca creí, por cierto,  
que fuese hasta el extremo virtuosa  
de hacerse fea una mujer hermosa. —

¡Murmuración pueril! Así mostrando  
en juego tal cuanto saber presumen,  
ya hiriendo con razón, ya calumniando,  
todos agotan con placer su numen.  
Van la verdad con sueños engañando.  
¿Y es más cierto lo real? Nó, nó; en resumen,  
es sombra y nada más la humana gloria;  
nubes que van y vienen es la historia.

— ¿Sabéis — dijo uno — esa visión quién era?  
maestre Juan contesta: — Un rey ha sido...  
— Llama rey á un fulano cualesquiera, —  
maestre Alonso exclama, — ¡presumido! —  
Al ver maestre Juan de tal manera  
en su amor propio el corazón herido,  
le dijo: — Y bien: ¿qué es el linaje humano,  
con alguna excepción, más que un fulano?

»¡Semíramis, Semíramis! — prosigue, —  
¿cuán grande es su pavor! huye de miedo  
al ver que Nino airado la persigue.  
¡Remordimiento horrible! — Quedo, quedo,  
señor maestre Juan, que la castigue  
su conciencia no más, — dijo Escobedo. —  
¿Quién en el mundo al recordar su historia  
no se encuentra algún Nino en la memoria? —

Y de las nubes traduciendo el juego,  
maestre Juan siguió: — La nube aquella  
es Pitágoras. — (Risas.) — Ved, os ruego,  
ved bien la metempsicosis en ella.  
El caos... una flor... un bruto... luego  
la imagen de Pitágoras descuella...  
De Pitágoras luego otra flor nace...  
¡Ya se ha deshecho! — ¿Y qué no se deshace?

A tan rara invención el vulgo atento  
le interrumpió gritando: — ¡Bravo, bravo! —  
Maestre Juan siguió: — Ya es un jumento...  
un rey... un gato... una mujer... un pavo...  
Yaesno sé qué... ya es un vapor... ya es viento...  
Todo se vuelve viento al fin y al cabo. —  
¡Dura verdad! al fin de la jornada  
todo acaba lo mismo: ¡el caos, la nada!

Mientras la bulla y el placer crecía,  
— ¡Ay! ¿no hará un mundo Dios compadecido  
para premiar mi fe? — Colón decía,  
ciego á la luz y sordo á todo ruido.  
— ¿De dónde era aquel palo — proseguía —  
que recuerdo muy bien haber leído  
que halló á quinientas leguas á Occidente  
el bravo portugués Martín Vicente? —

Sigue el viento y la bulla, y... ¡adelante!  
Quintero, que hasta en sombras su ira gasta,  
— ¡Ved — exclamó — á Lucrecia tan amante,  
tan buena esposa, tan gentil, tan casta!... —  
Paróse, y continuó: — Pero... — Al instante  
le interrumpió Escobedo: — Basta, basta:  
decidme por favor, señor Quintero,  
¿hay quién no tenga en su existencia un pero? —

A cuantos grupos el vapor formaba,  
en razas maestre Alonso los partía.  
— ¡Emperadores griegos! — exclamaba.  
— Paleólogos, Comnenos, — añadía.  
— Los reyes Merovingios, — continuaba.  
Conforme maestre Alonso así decía,  
maestre Juan iba diciendo en tanto:  
— ¡Cuántas nubes de tontos, cielo santo!

— ¿Quién es la raza que atraviesa ahora? —  
le preguntó Roldán. Juan, de contado,  
— Es — dijo — el pueblo que el becerro adora,  
que al pie del Sinaí torpe ha adorado.  
Vaya con Dios la raza previsora  
que mudando el país con el calzado,  
por patria adopta, de codicia llena,  
como la abeja la mejor colmena. —

— ¿Quién será — dijo Ruiz — esa heroína? —  
Escobedo exclamó: — ¡Crimen horrendo!  
¡Después de acariciarle lo asesina! —  
Y encarándose á Ruiz siguió diciendo:  
— ¡Forman una visión muy peregrina  
ella de él la cabeza sosteniendo:  
pero esa aparición fuera más bella  
si él sostuviese la cabeza de ella! —

Así del cielo entre el movable encanto,  
y entre el reír alegre del gentío,  
la mansión de la noche y del espanto  
¡Indomable valor! cruzan con brío.  
¡Era inmenso el bullicio! Y entre tanto,  
— ¿Dónde estará, cómo será, ¡Dios mío! —  
decía el buen Rascón meditabundo —  
el paredón donde se acaba el mundo? —

Mirando maestre Alonso al diestro lado,  
qué á cuantos le oyen en saber les gana,  
— ¡Fuera sombreros! — exclamó admirado; —  
ved de Platón la imagen soberana.  
Él del mundo el espíritu ha animado,  
como inventor de la moral humana. —  
En son de burla: — Si la halló el primero,  
fué del alma el Colón, — dijo Quintero.

Y siguió: — Un monstruo que el vapor fabrica;  
¿es un hombre ó una bestia? pero ¡tate!  
veréis cómo el buey Apis significa  
después que maestre Juan nos lo retrate. —  
Siempre zumbón, maestre Juan replica:  
— ¿Creéis que es el buey Apis? ¡disparate!  
Que calumniéis así me maravilla  
al rey Enrique cuarto de Castilla.

Ved allí á su mujer, — siguió diciendo.  
— ¿Con Don Beltrán? — dice uno. — Pues es llorrumpe en coro el público riendo. (no. —  
— ¡Quién sabe! — dijo Ruiz, — fué eso un arcano. Las buenas dudas del buen Ruiz oyendo, siguió maestro Juan: — En vano, en vano de cuentas blancas su vestido bordas; las cuentas de esa son negras y gordas. —

¡Gran fiesta! Mientras este divertido disfruta en la ilusión del aire vano, está pensando aquel enternecido en el padre, en la madre ó en el hermano. Colón, en tanto, sordo á todo ruido, con el compás en la derecha mano, un mapa estudia que trazó la ciencia de Pablo Toscanelli de Florencia.

Lamentando leal sus agonías,  
— Ved á Macías, — dijo Ruiz gritando. — Rascón siguió: — Con tiernas elegías irá al cielo de amor enajenando. — Viendo al ilustre soñador Macías que el aire y nada más iba abrazando, Nuño exclamó, siempre á su mal atento: — ¿Qué es nuestro amor más que abrazar el (viento)?

— ¡Gran caballo! — prorrumpie un marinero.  
— Es el del Cid, — dijo otro, — cuyo brío más sarracenos arrolló ligero que arenas lleva hacia la mar un río.  
— Será el que eligió rey — dijo Quintero — relinchando á la aurora, al buen Darío: con que, aunque ofenda con el símil, hallo que era un gran elector el tal caballo.

— Pues yo en creer — dijo Roldán — insisto que aquel será que por su gran despejo nombró cónsul Calígula, y por Cristo que era un miembro especial para un concejo; pues nunca, como muchos que yo he visto, le dió al Emperador un mal consejo. Ya veis si el consejero era excelente. — Todos dijeron: — ¡Efectivamente!

— ¿A quién veis, maestro Alonso? — Allí es (toy viendo al grande Augusto, un déspota excelente. ¡Feliz tirano! — continuó diciendo; — fué feliz, muy feliz seguramente. — Sí, como todos, — prorrumpió gimiendo Nuño, apretando con dolor su frente; — en este valle de delicia y llanto se goza mucho, mas se sufre tanto!...

— ¡Demócrito y Heráclito! — al Oriente gritó Rodrigo Sánchez señalando; — mirad bien con qué aspecto diferente uno riendo va y otro llorando. — Viendo pasar á entrambos lentamente, quedóse maestro Alonso murmurando: — Los polos del humano sentimiento: ¡lágrimas necias! y ¡bestial contento! —

Ruiz preguntando, Alonso respondiendo, la ruta alegran de su erial camino: — Este ¿quién es? — Ruiz comenzó diciendo. — Es Escévola, un célebre asesino. — ¿Y esa otra sombra que lo va siguiendo? — Ese, admiraos, Ruiz, es Saladino, que al batallar con incruentas manos enseñó el Evangelio á los cristianos.

— ¿Quién es, antes que entre otras se me dijo Ruiz — esa sombra pudorosa? (pierda, — A la gran Juana de Arco me recuerda, por valiente, por buena y por hermosa. — ¿Y esa otra que se extiende hacia la izquierda, espesa, hedionda, informe y tenebrosa? — Esa es — le contestó con arrogancia — el alma de Luis once, rey de Francia.

— ¿Quién es aquel? — Leonidas el valiente, el que enseñó á morir con heroísmo. — ¿Y este? — Bruto: un traidor. — ¿Y ese de en- — Es César, el factor del despotismo. (frente? — ¿Quién es aquel de inaltefable frente? — El autor del *Conócete á tí mismo*. — ¿Y aquel que el vuelo hacia el Oriente toma? — Un rápsoda de Cristo; ese es Mahoma. —

¡Vértigo interminable! Disparados, sin pararse en un punto ni un momento, sólo miran sus ojos fascinados la realidad del mar, ¡brumas y viento! Corrían, yendo al parecer volcados en la bóveda azul del firmamento... ¡Y las nubes, conforme navegaban, pasaban, y pasaban, y pasaban!...

— ¿Quién será? — en todas partes se decía viendo una imagen resbalar suave, que á todas las imágenes vencía en lo gentil, lo pudoroso y grave. ¿Quién era? Nadie el caso presentía. Mas viendo siempre al porvenir: — ¡Quién sabe! dijo Colón; — tal vez la musa es esa que el canto ha de inspirar de nuestra empresa.

¡Salud, musa gentil, alma futura, de toda innoble tentación ajena; jamás la mente en su ilusión más pura alcanza al linde hasta donde eres buena! ¡Salve, del cielo predilecta hechura, á quien hizo eslabón de la cadena que el sentimiento de la humana raza al sentimiento del Eterno enlaza!

Mírame... así... tu rostro que bendigo nunca me canso de tenerlo enfrente, y muchas veces cuando estoy contigo para quererte más me finjo ausente. No sufras, no, si tu mejor amigo de pena llora al ver que inútilmente por más que el alma tras la tuya lanza á igualar tu virtud jamás alcanza.

¿Tú también pasarás, como ha pasado de esas visiones la ilusión externa; tú, con un pecho de virtud dechado; tú, con un alma cual ninguna tierna?...

También ¡ay! seguirás, siempre á mi lado, de cuanto existe la evasión eterna... ¿Qué cosa hay en el mundo, dueño mío, que marque su carrera en el vacío?

¡Se acabó la ilusión! Desde el Oriente sobre la mar la sombra se derrama, empezando esa hora en que la mente en el alma, sin luz, mira cuanto ama. Perpetua amiga del amor ausente, viendo la noche cada cual exclama, recordando el objeto á quien adora, un — ¿en dónde estará? — un — ¿qué hará ahora?

Anocheció. Del cielo huyó el hechizo cual de la tierra al fin huye la gloria: las nubes poco á poco el Sur deshizo como el tiempo las sombras de la historia. Y después que á su vez cada cual hizo un viaje por su patria de memoria, el himno entonan con ferviente anhelo: ¡Gloria á Dios en la tierra y en el cielo!

